



UNA CARTA A DON VETILIO ALFAU DURAN

Por José Chez Checo

Admirado Don Vetilio:

Perdone mi atrevimiento en molestar la placidez de su sueño, y la imperturbable tranquilidad y el embriagante recogimiento que deben reinar en ese mundo de los justos a donde Usted en relampagueante vuelo ha ido a morar.

Si Usted supiera la profunda pena y tristeza que experimenta mi alma porque no estuve presente a llevarle una flor, estrechar sus manos o decirle un adiós o un hasta luego, al instante de su despedida. Y tenía que ser hoy, cuando el país conmemora el 168 aniversario del nacimiento del patricio Francisco del Rosario Sánchez y el 95 aniversario de la muerte del Padre Francisco Xavier Billini.

Desgraciadamente la desconsoladora noticia la recibí al mediodía de hoy, debido a la forzada e involuntaria incomunicación a que he sido sometido desde hace dos años y siete meses. Estoy convencido que de no haber sido por esa desagradable circunstancia, hubiese

recibido una llamada telefónica de Reyna Alfau, José Joaquín Hungría Morell o de cualquier otro amigo común.

Sé y no titubeo en confiar y afirmar, que la magnanimidad y la inmensa bondad que percibimos en Usted todos los que le conocimos, perdonarán mi ausencia física. Al menos, eso me consuela.

A pesar de todo, Don Vetilio, permítame expresarle con estas desordenadas palabras mi eterno agradecimiento por todas las sapientes orientaciones que siempre recibí de Usted cuando tenía que hacer cualquier trabajo histórico, y por los cientos de minutos que Usted me dedicaba de su tiempo cuando yo acudía a sostener conversaciones informales en los momentos en que las desiluciones de los hombres y el a veces enrarecido y asfixiante ambiente del país conturbaban nuestros ánimos. Siempre salía uno reconfortado. ¡Era como una especie de terapia psicológica y espiritual!

Quiero comunicarle, Don Vetilio, que somos muchos los que nos sentimos orgullosos de haber tenido el privilegio y la oportunidad de tratarle porque como bien decía hoy, delante de su esposa e hijos, el íntegro y valioso periodista Alvaro Arvelo hijo, Usted fue un hombre excepcional y su persona estaba adornada de innumerables virtudes.

Déjeme expresarle ahora, porque en vida Usted no me lo hubiese permitido, que además de la erudición y sapiencia que reflejan sus libros y sus numerosos artículos publicados en revistas como Clío, Anales de la Universidad y Boletín del Instituto Duarte, y en periódicos como La Nación, El Caribe y Listín Diario, una de sus virtudes que más nos cautivaba era su extrema sencillez y modestia que muchas veces nos resultaba chocante. Siempre comento a los demás su radical oposición y los obstáculos que Usted puso durante días a que el Museo Nacional de Historia y Geografía designara su Sala de Conferencia con el nombre que desde el



20 de abril de 1982 lleva con orgullo: Dr. Vetilio Alfau Durán. Sólo con la colaboración de su esposa e hijos, de Angela Peña y de otros amigos pudo obtenerse que usted aceptara a regañadientes ese humilde homenaje que le tributó el Museo. Nunca se me olvidarán aquellas palabras del Dr. Pedro Troncoso Sánchez, quien generosamente aceptó nuestra invitación para ponderar su labor historiográfica, cuando dijo que al llamarle a Usted para que le facilitara sus datos biográficos, grande fue sorpresa, a la vez que admiración, al escuchar de sus labios la desconcertante frase de que “yo no tengo currículum vitae”.

Igual resistencia de su parte encontramos el pasado año cuando el Museo tomó la decisión de publicar sus Obras Completas, comenzando con los artículos que se encuentran dispersos en la Revista Clío. Nuestro mutuo amigo, el historiador Dr. Julio G. Campillo Pérez está comprometido desde esa época a escribir la Presentación del libro. Nuestro deseo era que el primer tomo se pusiera a circular el 26 de abril de ese año porque queríamos darle una sorpresa el día de su septuagésimo quinto cumpleaños. No fue posible, pero sí lo será en el presente año, ya que Reyna Alfau ha fotocopiado y organizado por temas todos sus artículos, y cuando el lector tenga en sus manos esos volúmenes verá lo copiosa y valiosa que fue su producción historiográfica. Producción que Usted reiteradamente catalogaba, juicio que nunca aceptábamos, “que no tenía valor alguno”. Esa modestia suya no fue una pose, sino algo innato e intrínseco de su personalidad. Todavía, hace apenas unas semanas, Usted me repetía ese juicio en la carta, tal vez una de sus últimas, que yo le había solicitado para anexarla al Tomo I porque quería que la gente se percatara de que yo contaba con su autorización para empezar a publicar las referidas Obras Completas.

Admiramos, Don Vetilio, su profunda honestidad intelectual y moral, así como su plena integridad huma-



na. Cualidades éstas poseídas a tal extremo que quienes le tratamos sabemos que un actual expresidente de la República, cuando desempeñaba tan elevadas funciones, le expresó que “le pidiera lo que Usted quisiera para complacerle”, y Usted, en un gesto que le enaltecíó y que debiera ser lección cotidiana y permanente a imitar, le dio las gracias, pero nunca le llamó para solicitarle cargo alguno, favor o prebenda.

Su consagración total al desentrañamiento de nuestro tortuoso pasado, desde muy jovencito en la ciudad de Higüey, no era hobby ni un modus vivendi sino algo así como una permanente obsesión y yo diría que era un apostolado.

Su vocación de servicio a los demás, sin esperar recompensa alguna, fue una de sus virtudes que a unanimidad todos le reconocimos. No importaban la edad, la condición social o política, o el nivel intelectual del que fuera a consultarle. Todo aquel que acudía sediento podría beber en las cristalinas y refrescantes aguas de la fuente de su saber. Nunca borraré de mi mente el cálido y paternal recibimiento que Usted me dispensara cuando a principios del año 1967 le visité en su casa, no la actual sino la antigua N° 10 de la misma Cayetano Rodríguez. Ese año, encontrándome en el último año del Bachillerato, el profesor de Literatura dominicana, P. Alfredo Quevedo, S.J., nos había puesto una tarea acerca de la famosa obra “El Padre Las Casas, Su Doble Personalidad” de Ramón Menéndez Pidal. Comencé a recibir sus sabias y esclarecedoras orientaciones como a las 4 de la tarde, y siendo las 8 de la noche, postergando Usted el momento de su cena, todavía permanecía yo escuchándole, sentados ambos en la acogedora galería y Usted vistiendo su ya habitual e impecable pijama color azul claro. Esa noche no pude dormir de la alegría, no sólo porque ya tenía luz para comenzar la tarea asignada sino también porque con cierto pavoneo juvenil me “sentía importante” ya que había sido



recibido por una persona de su alto relieve intelectual y de tan extensa y acreditada fama. Sólo años más tarde, al seguir tratándole, pude percatarme de que eso que había hecho conmigo era algo consuetudinario en su vida, y de que no faltaba a la verdad quien decía, si no me equivoco era Frank Moya Pons, de que Usted era “el prototipo viviente de la generosidad intelectual”.

La búsqueda de la verdad histórica fue algo que siempre le apasionaba. Sin embargo, cuántas veces tuvo que corregir cualquier dislate, yerro u omisión a un autor, en sus ya célebres artículos “Por la Verdad Histórica” y otros escritos, nunca usó un lenguaje altisonante, altanero, irónico o insultante. Todo lo contrario! Cuánta delicadeza, elegancia y donosura Usted exhibía en sus trabajos! Sin lugar a dudas fue parte del ideario de su vida ese pensamiento de un genio de la humanidad, Ludwig Van Beethoven, que reza: “Hacer todo el bien que sea posible, amar la libertad por encima de todo, y aun cuando fuera por un trono, no traicionar a la verdad”.

Don Vetilio, no puedo seguir abusando de su paciencia y fastidiándole. Pero, finalmente, permítame expresarle que Usted puede sentirse orgulloso, por su vida ejemplar y decorosa y por su fecunda obra historiográfica. Tenga la seguridad de que lo paradigmático de su existencia es un legado que Usted nos deja y que ojalá imitemos tanto nosotros como las generaciones que nos sucedan en el tiempo.

Y si parafraseamos al apóstol José Martí cuando dijo que “cada quien, al morir, enseña al mundo su obra escrita, la espiga que sembró, su arado reluciente, son los derechos al descanso”, podemos pregonar a los cuatro vientos que Usted, Don Vetilio, sí se merece ese descanso. Y con creces!

Descanse en paz, Don Vetilio, amigo y maestro!!!

